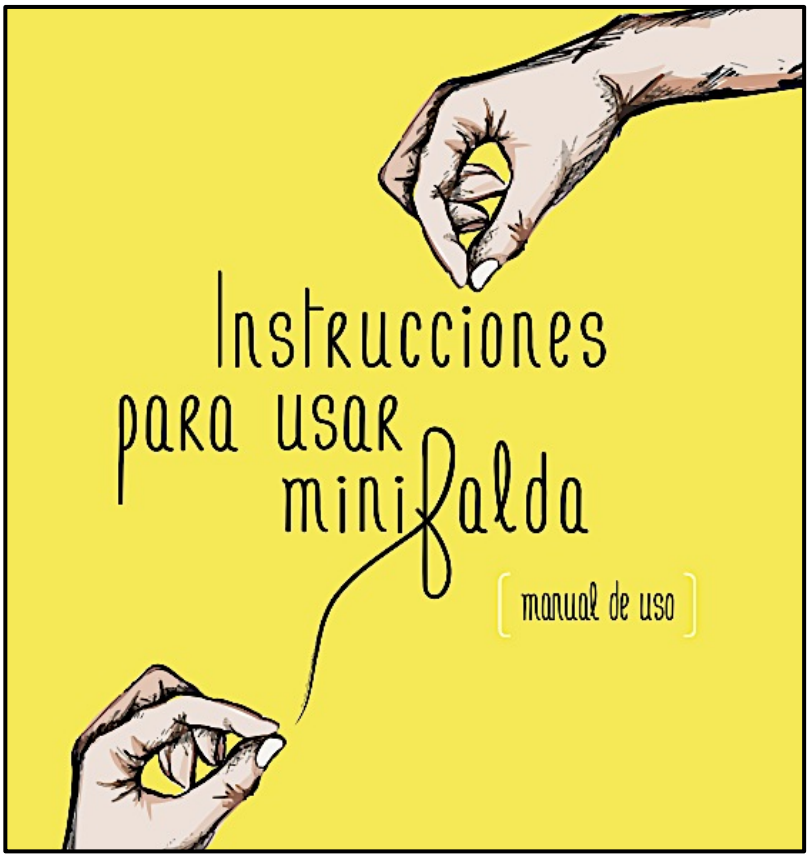


DRAMATURGIA PARA SEIS PIERNAS DE ENRIQUE OLMOS DE ITA

NOTAS

Neto. 45 años. Bigote. Amplia colección de tornillos y clavos. **Vera**. 29 años. Taquillera en el metro. Madre soltera (bonitas piernas). **Adelaida**. 24 años. Actriz desempleada (bonitas piernas), solicita trabajo en un cine comercial.

El laberinto de vida.[1]

[1] El paisaje y entorno del protagonista puede ser el metro, el tren o ferrocarril o incluso estaciones de autobús.

Instrucciones para usar minifalda

Entra Neto, desde el público, travestido.
De a poco se escucharán piropos y él reaccionará.

Neto: ¿Qué sostiene al mundo? ¿Qué? ¿Qué cosa? ¿Dios? No, por favor, seamos serios; es una pregunta importante. ¿La fe? ¿El amor, la solidaridad, la empatía? ¿De verdad? ¿Ese es el máximo alcance de tu razonamiento? La respuesta es: Nunca. No. Nada. Error. ¡No!

¿Qué cosa soporta todo lo que somos como civilización? ¿Qué? ¿De qué artefactos mínimos dependemos como especie para poder estar por encima de nuestros depredadores? ¿De qué cosas minúsculas está compuesta toda nuestra tecnología?

El quirófano de un hospital, el barco que transporta a los pescadores que van a capturar el atún que te comerás en la ensalada del año próximo, los mecanismos sofisticados que convierten un poco de petróleo en plástico, en polietileno; sí, aquel plástico transparente dentro del cual el agua potable que te venden llegará a tu mano está hecho con 64% de petróleo. Agua pura, agua que necesitas para hidratarte después de correr o antes de dictar una conferencia o una clase, o para después de hacer el amor en un motel. No importa. Piensa en eso, en lo significativo: La gota de petróleo crudo que se convierte en botella, piensa en toda la cadena de producción que necesita la puta botella para ser una puta botella con agua purificada dentro… Las plataformas en mar abierto para extraer esa partícula de plástico virgen y las miles de personas involucradas; los que buscan el petróleo, los que extraen, los que refinan, los que venden, los que especulan con el precio, los que venden esa especulación en la bolsa de valores… ¡Y lo mismo en extraer el agua del manantial, depurarla, acumularla y darle un nombre comercial, una marca! Una puta marca. Un lema pegajoso en la televisión, mientras una modelo hermosa se hidrata. ¡Agua pura del manantial de los volcanes dorados! O alguna mentira similar "¡Nada me refresca mejor

después de hacer ejercicio que el agua pura de los volcanes! Piensa en esa cadena de producción: La elaboración de la botella, el uso como recipiente para el agua, la extracción y cuidado del agua, los estándares de calidad y la distribución, los intermediarios, los contratos, las campañas de publicidad, la transportación, las bodegas enormes donde miles de botellas con agua pura de los manantiales del volcán dorado descansan, esperan salir a escena, ser colocadas en una estantería y finalmente la vendedora obesa que pasa la botella por encima del código de barras y menciona con desgano la cantidad a pagar. Piensa en eso. Por favor… ¿Qué necesita esa sucesión, ese proceso productivo? Precisa una cosa, sin la cual es imposible llevarla a cabo. Un organismo, un objeto que lo constituye todo. ¿No sabes? Es muy simple… ¿Fuerza de voluntad? ¿De verdad? ¿Eso es lo mejor que puedes decir? No, no nos pongamos filosóficos, es un trozo de materia. Es muy simple. ¿No? ¿Nada? ¿No tienes ni idea de qué cosa minúscula está detrás de todo lo que somos como civilización?

Es normal. Muy poca gente lo nota. Es evidente, lo tienen enfrente, más de las veces. Y nada. Es como si fueran objetos invisibles. ¿Por qué despreciamos su lealtad y servicio ignorándolos?

¡Los tornillos! ¡La magnificencia de los tornillos! Tornillos y clavos, tuercas y alcayatas. Sin eso no somos nada. ¿Alguien lo puede dudar? ¿Qué sostiene al mundo?

Sí, sí, sí… Esos aliados invisibles del hombre que nos han permitido elevar puentes, edificios, levantar el vuelo y surcar los mares. Paliar enfermedades y digitalizar la vida. ¡Tornillos!

Con esa macana deberías ser policía…

Si así está el conejo, como estará la zanahoria…

Con esa manguera debes mear champaña.

Yo tan mojada y tú con tremendo paraguas

Un tornillo es un dispositivo que se utiliza para la sujeción de un objeto. Cuenta con un cuerpo hermosamente alargado (caña) y enroscado que se introduce en la superficie y con una cabeza

que dispone de ranuras para que pueda emplearse con una herramienta y así realizar la fuerza correspondiente para su fijación. ¿Existe algo más bello y sensual? No, claro que no…

Neto comienza masturbarse con desgano.

¿Te estudio o te trabajo?

Estás tan bueno, que te comería hasta el envoltorio.

¡Tu cuerpo es una bomba y yo quiero encender la mecha!

¡Arriba la figura y adentro la verdura!

¡Tú pones el animal y yo la jaula!

¿Neto despierta?

MANUAL DE USO. LECCIÓN PRIMERA.

Antes de usar minifalda hay que practicar con otras prendas de ropa y otras partes del cuerpo además de las piernas que provoquen menos deseo y más atractivo vamos a comenzar con los hombros debes llevarlos descubiertos usar vestimentas con tirantes para que reciban al mismo tiempo la luz del sol y las miradas de los caballeros sobre todo saber que los mirones suelen fijarse en hombros bronceados o que tienen lunares y pecas eso es muy excitante hombros atractivos son un mensaje inconsciente de fertilidad en el cerebro masculino torneados no resecos y con la dosis suficiente de sol te querrán rozar con los dedos o incluso con la barbilla los hombros son como un caramelo de carne el hueso apenas recubierto de sublime piel es importante mantener la postura corporal erguida para hacerlos notar que sean muy visibles y sobresalgan en muchos casos un caballero suele interpretar que una mujer que lleva los hombros descubiertos es porque quiere ser vista e inspeccionada también en el cuello lo que provocará su curiosidad y lascivia si los tirantes

interiores del sostén se escapan de la tela y aparecen en tu hombro eso será aún más atractivo no lo pierdas de vista y no olvides también que los hombros son el primer contacto con el deseo ajeno y no necesariamente en días calurosos puedes mostrarlos prácticamente en cualquier época siempre es un buen momento para exhibirlos te proponemos salir mañana temprano con los hombros descubiertos utiliza una prenda cuyos tirantes sean delgados y camina muy erguida para hacerlos notar pronto nos contarás tu experiencia

Seis piernas

N. A todas les gusta verse atractivas, cachondas, sexys. Es natural. Verse así en los ojos del otro. En el deseo del otro, como un espejo.

V. ¿Por qué siempre estamos de mal humor? ¿Por qué? ¿Quieren saber? Es muy fácil. Muy sencillo. Trabajar aquí, es horrible. Así de simple.

A. No me gusta mi nombre. Odio mi nombre. Ha sido mi primer obstáculo. Despierto todos los días y me quiero decir algo, hablarme, pero no me gusta pronunciarlo. Así que me digo, ey, oye tú… Otro día, hay que sobrevivirlo. ¡Vamos!

N. Está en la naturaleza femenina la necesidad de mostrar sus atractivos para despertar el anhelo de los machos. La biología es así: La que no enseña no vende probable descendencia.

V. Sometidas a horarios rigurosos, al humor de las personas que compran un boleto pero no, en realidad, quieren dos o cambiar el billete de alta denominación o sencillamente se niegan a recibir el cambio en monedas. Esos.

A. No es fácil ser Adelaida.

V. No es fácil se boletera en el metro. En éste metro.

N. Es muy fácil sucumbir ante la provocación. ¿Cómo me podría controlar? Salen con esas minifaldas, con los camisetas pegadas a la piel, con los pantalones ceñidos a las piernas, las nalgas tan ostentosas subiendo y bajando las escaleras, con escote, el escote es implacable. ¿Qué puedo hacer?

A. Me llaman Ade. De cariño, supongo. Ade. Adela algunos. Pero casi nadie se atreve a decirme Adelaida. Lo sé, hay nombres que no van con las caras, ni con el cuerpo, ni con la energía. Pero estoy dispuesta a cambiarlo, he estado leyendo un libro de superación personal. Muy efectivo De ahora en adelante pronunciaré mi nombre: Adelaida.

V. No podemos ir al baño, por ejemplo. Podemos, claro que sí, ¿pero qué pasa si llega un usuario y no hay taquillera? Puede poner una queja ante el jefe de estación o supervisor. Así que nos aguantamos, siete horas inmóviles, detrás de un trozo de vidrio. ¿Y si tengo que ir al baño? ¿Si debo cambiarme el tampón? ¿Una llamada de emergencia? ¿Qué hago?

N. Entonces apunto. Movilizo la cámara hacia ellas. Acerco la imagen, un refuerzo con la cámara dos. Voy hacia ese culo, hacia esas nalgas memorables… Como parte de la estrategia de seguridad emprendida por nuestras autoridades, se implementó, en cada estación del metro, un amplio dispositivo de vigilancia audiovisual.

A. Adelaida se viste con desgano. No le dará tiempo de secarse el cabello. La humedad le molesta. Mira el reloj y sabe que lleva unos minutos de retraso; la ansiedad le guiña un ojo. Se lamenta porque ayer en la noche debió elegir la vestimenta para el casting de hoy. Pero no lo hizo. Y se pone lo primero que encuentra. Ay, Adelaida. Eres mi peor enemiga.

V. No puede, no puede faltar la taquillera del metro. Para vender un boleto, dar información sobre cómo llegar a tal o cual punto, para recargar una tarjeta.

N. Sólo hay una cosa más extraordinaria que las piernas de una mujer: una buena colección de tornillos. Tornillos centenarios, de la revolución industrial o anteriores, vestigios minúsculos de la civilización que somos.

A. Adelaida corre para llegar temprano a la audición. Sí, claro que sí. Lo voy a lograr. Bajo la escalera a toda prisa, pero me olvidé de comprar un boleto ayer. Y ahora tengo que hacer fila frente a la taquilla. Y al parecer la mujer que atiende es lenta, muy lenta. Escucho o más bien escucha Adelaida (porque es ella quien llegará tarde, yo no) el ruido del tren escaleras abajo llegando a la estación, expulsando personas y abriendo sus puertas para que suban otros, aquellos que sí llegarán a tiempo. Muy bien Adelaida, muy bien.

N. Tornillos y culos. Clavos y tetas. Piernas y tachuelas, bajo estos dos conceptos generales funciona el mundo. Nosotros fabricamos tecnología y aumentamos nuestra esperanza de vida para poder ver esos culos y minifaldas, para grabarlos, subirlos a internet, soñarlos e imaginarlos. Toda nuestra civilización gira en torno a la necesidad de ver mujeres, de escudriñar mujeres, de saborear mujeres. Los hombres – honestamente, la huella femenina en la ingeniería y la ciencia es testimonial – inventamos y creamos con el propósito de poder acercarnos de una forma u otra, a esos cuerpos. De asirlos, sostenerlos aunque sea de modo virtual.

A. Adelaida sube – tarde – al metro.

N. Hoy tuve uno de esos sueños; es tan hermoso: Estoy hablando sobre tornillos y las mujeres me escuchan. Me pone de buen humor soñar con mujeres. Mujeres bellas que me gritan, que me silban en la avenida; me desean. Aunque últimamente en el sueño, llevo minifalda.

V. Soy sonámbula. No descanso porque sueño despierta, literalmente.

A. Ya en el metro todos me ven, no sólo los hombres, pero principalmente ellos. Me examinan, me miran con el rabillo del ojo o de frente, cínicamente, de arriba a bajo. Otros codean al amigo de al lado para que gire la mirada. ¿Por qué se habrá vestido así?, piensan ¿A qué se dedica? Me gustaría gritarles: ¡Voy tarde para un casting! ¿De acuerdo? Y me miro en el reflejo del vidrio… ¿Por qué te vistes así, Adelaida? ¿Por qué?

En la taquilla del metro. Estación cualquiera, una línea cualquiera, ubicada en cualquier lugar de una ciudad enorme, es decir, cualquier urbe del mundo.

V. Sí, sí señor. Me gustaría cambiar de turno… ¿Señor? ¿Ernesto?

N. Para ti soy Neto, ya sabes. ¿De qué sirve la confianza si nos vamos a poner institucionales?

V. Sí, Neto… Bueno, sobre el cambio de turno que propuse hace más de un mes. Me gustaría saber qué piensa…

N. ¿Por qué?

V. ¿Por qué cambiar de turno? Bueno, siento que me vendría mejor un horario más cercano a mi ritmo de vida, bueno, como a todos, porque ya sabe cómo está la ciudad y ser la última en irme…

N. ¿Sabías que quieren sustituir a los operadores de taquilla por máquinas?

V. ¿Quiénes?

N. Así funciona la tecnología, la inventamos y nos desplaza. El que inventa una máquina hoy, le roba el empleo al nieto que tendrá mañana. Aunque, no está del todo errado su argumento: ¿Para qué tener a una persona malhumorada detrás de un cristal si puedes colocar hermosos armazones digitales que dispensan instantáneamente boletos, recargan tarjetas y entregan el cambio exacto? ¿Para qué? ¿Para qué Vera? Ya sé, ya sé, es una pregunta retórica.

V. Estábamos hablando de modificar mi turno… Horario laboral…

N. ¡Máquinas precisas!, puntuales, sin sonrisa, sin prestaciones, sin enfermedades, sin hijos, sin sindicatos agobiantes, sin quejas.

V. Ya… Entiendo… ¿Entonces… Ya me puedo ir?

N. Estamos conversando, Vera. No sea usted maleducada. ¿Quiere que le hable de usted?

V. Como quiera…

N. ¿Qué fácil es destruir la confianza, verdad? Basta con cambiar el pronombre. Si nos hablamos de usted y yo le digo Vera, “sí, dígame más sobre su cambio de turno” es muy distinto a “Vera, amiga, claro que sí, cuéntame por qué no te gusta el turno nocturno en el metro”. Pero con ustedes los

extranjeros a veces esa variación entre el usted y el tú es tan ambigua, tan ausente de principios. ¿Verdad, Vera?

V. Sí, es verdad, el pronombre personal lo cambia todo. Pero yo decía que prefiero el turno de medio día porque tengo una hija, ya sabe, soy madre soltera… Es muy complicado para mí…

N. ¡Máquinas en lugar de boleteras! ¿No me está escuchando, verdad, señorita Vera? ¡Máquinas hermosas, aceitadas, con piezas de acero inoxidable!, 27 diminutos tornillos tipo Allen para el interior, 14 hexagonales de gran tamaño, robustos y resistentes para cada una de las esquinas de la máquina, visibles desde fuera, colocados en las tapas de los cuatro costados, una máquina rectangular, simétrica, con los tornillos profundos, acomodados perfectamente. 25 pernos de rosca delgada, fabricados en Alemania u Holanda distribuidos en diversos puntos del aparato, cuatro tornillos mariposa de tamaño medio para el anclaje de la parte inferior, desde la entrada lateral y una decena de tornillos de cabeza ranurada para configurar los componentes internos, como el sensor de monedas, la ranura para expedir las tarjetas, el amplio hueco debajo para recuperar el cambio y también para la pantalla con el mensaje computarizado. ¡Máquinas!

V. ¿Está usted bien, Neto?

N. La confianza, Vera. ¡La puta confianza! "¿Estás bien, Neto?"

V. Perdón. ¿Estás bien, Neto?

N. ¡Estoy hablando de máquinas! ¿No lo entiendes? ¿De verdad no lo entiendes?

V. Francamente no y me estás asustando.

N. Claro, para quejarte si me hablas de tú. No me extraña…

V. Mejor me voy.

N. Máquinas en lugar de boleteras. ¿Cuántas veces debo repetirlo? ¿Acaso ya nadie conoce la magnificencia del subtexto?

V. Ya.

N. ¿Ya qué, Vera? ¿No se iba?

V. ¿Nos van a sustituir por máquinas, cierto?

N. ¡Aleluya! Demos gracias a las neuronas sureñas que tiene ahí dentro, por fin... Sí, Vera. Eso estoy tratando de decirle. Ayer, en la reunión mensual de los jefes de estación de todas y cada una de las líneas del metro, se votó a favor de la introducción de máquinas expendedoras. Yo me opuse, Vera, por Zeus que así fue. Pero fuimos derrotados, por un amplio porcentaje. Aparentemente una boletera menos en cada estación reduce costos de una forma inaudita. Y eso le conviene al gobierno y se le conviene al gobierno nos tiene que convenir a todos. A to-dos.

V. ¿Vamos a perder el trabajo, verdad? ¡Maldita sea! No doy una, no doy una. No llevo ni seis meses aquí… Otra vez salir a buscar algo. Estoy harta.

N. Se perderá un turno, solamente. En lugar de tener el matutino, vespertino y nocturno, tendremos que elegir solamente entre dos tunos, el turno A y el turno B; los horarios de mayor afluencia, a juicio de cada encargado de estación, para el resto del tiempo estará en el pasillo central de acceso la hermosa máquina esperando a los viajantes y quizá después sólo quedará un turno y así hasta que las taquillas sean obsoletas…

V. ¿Así que sólo quedarán dos turnos, dos empleadas, cierto?

N. Por fin nos entendemos… Usted tiene piernas bonitas, no cabe duda, pero también materia gris ahí dentro. Así es Vera, dos turnos, dos empleadas, cuatro piernas, cuatro brazos, veinte dedos, dieciséis horas de trabajo en común…

V. Necesito el empleo. El padre de mi hija no se preocupa por ella, prácticamente desapareció desde hace más de un año. Los gastos no son pocos, la niña tiene tres años y pronto tendrá que ir a la escuela y yo no tengo familia aquí, usted sabe lo complicado que es confiar en alguien en esta ciudad siendo extranjera…

N. No entremos en confidencias, mejor. La amistad puede sobrevivir a las confidencias.

V. De acuerdo.

N. Vera…

V. Sí, Ernesto… Perdón, Neto.

N. Le estoy ofreciendo dos cosas: Mi amistad y por otro lado le acabo de enunciar, de una forma un tanto velada, que también quiero que conserve el empleo, veo capacidad de servicio y sacrificio.

V. Gracias, es usted, perdón… Eres muy amable.

N. Lo que digo, lo digo honestamente, pero tendré que observar quién de las tres boleteras hace más méritos en las semanas próximas. ¿De acuerdo?

V. De acuerdo…

N. Perfecto Vera… ¿Algo más? Debo vigilar a los usuarios.

V. Era todo. Gracias…

Neto regresa su mirada a las cámaras.

MANUAL DE USO. LECCIÓN SEGUNDA.

La evolución humana incorporó un circuito cerebral antiguo que tenía como fin fortalecer el vínculo entre la madre y su hijo durante la lactancia ahora este circuito sirve también para fortalecer el vínculo entre las parejas el resultado es que los hombres al igual que los bebés aman los senos cuando se estimulan los pezones de una mujer durante la lactancia se libera un químico cerebral llamado oxitocina también conocida como la droga del amor esta sustancia ayuda a que la atención de la madre se enfoque en el bebé se ha descubierto que este circuito en los humanos no está reservado exclusivamente para beneficio de los infantes también los hombres tienen una fijación por los senos puedes usar un escote que los haga visibles que los levante es importante un sostén que pueda ponerlos por encima de su caída natural y los destaque si es posible mostrar un poco sólo una parte de ellos y mejor aún si puedes unirlos que choquen que alcancen a rozarse pecho con pecho eso excita a cualquier persona con un poco de testosterona no olvides los pezones rígidos también si quieres por debajo de la ropa o del cuerpo del sostén visibles que el busto sea generoso y firme es importante mostrar los pechos te dará popularidad inmediata pronto nos contarás tu experiencia

La belleza de un par de perfectas piernas femeninas en soledad.

A. Hace un mes me quedé sin novio. No es la primera vez y seguro que no será la última, no tengo suerte en estos temas. ¿Realmente lo quería? ¿Lo amé? No sé… Nunca se sabe, en la ciudad estos temas son peligrosos. A veces tenemos pareja sólo para evitar la puta soledad o peor aún, para sentirnos protegidas. La ciudad es así: Un maldito monstruo macho, un hombre robusto y caliente, un señor regordete, sucio y fogoso, de los que no te retiran la mirada, de los que buscan rozarte en el transporte público, de los que te miran y se tocan el pene, se lo acomodan o se meten la mano cínicamente en el bolsillo para acariciarse. La ciudad es así, la ciudad es un miembro impaciente. Y tú, ¿cómo le respondes? Buscas a tu propio pene/escudo. Es tu manera de combatir a la ciudad: No estás sola, tienes arma propia.

A esta ciudad hasta el artículo femenino le sobra, deberíamos decir el ciudad, “el ciudad es así”. Me deprime no tener novio en “el ciudad”.

El ciudad es un ogro de mil penes, dije mil, quise decir millones de penes, flácidos, erguidos, circuncidados, trompa de elefante, morenos, blancos, mestizos, tatuados, rasurados, enfermos o necesitados de pastillas para levantarse. Penes que ocupan todo el espacio, las calles, los resquicios para pasar, los policías a los cuales pedir ayuda en caso de contingencia, los funcionarios para solventar un trámite, los choferes del transporte, los meseros, los que te contratan, los que te pagan, los que cobran impuestos. Todos son penes y hasta quienes no tienen pene, desearían tenerlo.

Algunos usan corbata, otros camiseta de algodón, pantalones de marca, zapatos de vestir o simples zapatillas deportivas. No importa. Penes, en todos lados. La ciudad es un nido de millones de penes insaciables, libidinosos, penes que nos gobiernan. Por ejemplo, el conserje de mi edificio me llama "mi reina" todos los días; un vecino que en mi vida había visto me dice en el elevador: “voy a apretar el botón rojo a ver si nos quedamos atorados… No, no es cierto, es broma”. Claro,

es broma. El chofer del taxi me pregunta que cómo tan preciosa y ando paseando sola... Y así todo el día. Todos los días. Penes que hablan, que te observan, que tratan de ser amables. La capital de los penes. La ciudad de los penes y los palacios.

Por eso perdí a mi novio, o mejor dicho él me perdió. ¿Su nombre? No importa. Vamos a ver, estamos celebrando mi último cumpleaños, en un antro convencional, con mis amigas y sus respectivos novios. En la mesa contigua un tipo comienza a preguntar trivialidades. Nos invita unas copas. Parece divertido y se nota que ha bebido, pero no es incomodo hasta que se levanta, intenta bailar conmigo, pero no lo logra y se queda ahí, de pie conversando. La música suena al máximo. Pum, pum, pum… Que no pare la fiesta. *Don't stop the party*. Noto que se acerca mucho a mí para preguntar cualquier cosa. De golpe, siento su mano ligeramente en mi hombro. Pum, pum, pum. Su cuerpo está muy cerca del mío. Su mano a mi cintura, de forma falsamente disimulada. Me acorrala un poco, sus piernas cerca de las mías, trata de tocar, aparentemente en un movimiento natural del baile, su pene con mis nalgas. Pum, pum, pum. Mi novio le pide que nos deje seguir con la fiesta tranquilamente, que gracias por invitarnos un trago, pero queremos estar solos. Pum, pum, pum. "¡No tienes ni idea de con quién hablas, idiota. A mí nadie me dice qué hacer!". Mi novio siente que esa frase es un reto, como si en el fondo le hubiera dicho: "te desafío, hijo de puta". Pum, pum, pum. "¡No tienes ni la más remota idea de con quién hablas, imbécil". Se empujan. Se provocan. Se insultan. El personal de seguridad del lugar interviene y se organiza un fugaz alboroto que pronto olvidamos. El pum, pum, pum no cesa.

Pasan los minutos, el tipo de la mesa de al lado mastica algunos improperios mientras firma la cuenta. Él y sus amigos se ríen fanfarronamente; mi novio, mejor dicho mi ex novio los ignora. Una hora después o quizá un poco más, nosotros también pagamos y salimos todavía con el pum, pum, pum encima. El lugar está por cerrar, son las normas. Cuando mi ex novio sale, nada más poner un pie afuera del lugar lo interceptan unos tipos. A los demás, a todos los que lo acompañamos, otros tres nos detienen, nos aplican una fuerza digna de un cuerpo policial entrenado, pero no son

policías. Son dos enormes engendros lo tiran al suelo a patadas. Él pide tregua, pero parecen máquinas de dar golpes, en la cabeza, en la espalda, en el torso, en las piernas, en los testículos. Por encima se escucha la voz del imbécil que nos había amenazado; él los incita, mejor dicho, los dirige para que no paren, "¡No sabes con quién estás hablando-no sabes con quién estás hablando no sabes con quién estás hablando!". Y efectivamente no lo sabíamos. Era alguien importante porque la policía no intervino por más llamadas de emergencia que hicimos, el personal de seguridad del local se desentendió diciendo que el suceso ocurría fuera del establecimiento. Cuando parecía que a mi ex novio lo iban a matar a golpes, cuando estaba claro que estaban dispuestos a llegar al mayor nivel de violencia posible y nuestros gritos – los míos especialmente – estaban al máximo, lo dejaron huir, le dieron diez segundos, quizá menos, para que corriera por su vida. Desangrando, con la ropa como un trapo rojizo y húmedo, totalmente desolado se fue huyendo entre calles y según nos contó después, estuvo hasta el amanecer debajo de un coche, en el estacionamiento de una casa, temblando de pánico.

Ade, lo siento mucho, de verdad. No es por lo de aquellos tipos, de verdad que no, no tiene nada que ver… Pero, no puedo estar con una chica tan guapa. Siento que no te merezco… Y además no te puedo cuidar como tú te mereces. Gracias por todo, de verdad, eres un cielo.

Se encienden las cámaras de seguridad del metro.

Antes o después de la hora pico.

A. ¿Me puedes dar dos boletos? Disculpa…

V. ¿Qué? ¿Quiere pagar sólo dos boletos con ese billete?

A. Sí.

V. No tengo cambio…

A. ¿Entonces me vendes tres boletos? Por favor… Es todo lo que tengo.

V. Señorita, ya le dije que no tengo cambio, por favor déjeme seguir trabajando.

A. Bueno, ¿me vendes cuatro boletos o cinco o cuántos me quieres vender?

V. ¡Usted lo que quiere es cambiar su gran billete y comprar sólo cuatro malditos boletos! No. No hay cambio y la gente está esperando… ¡El que sigue!

A. ¿Por qué no?

V. ¿Por qué no qué?... ¿Cuántos le doy? ¿Dos? Qué bueno que usted sí tiene cambio…

A. ¿Por qué no me puedes vender cuatro boletos?

V. Porque me quedaría sin vuelto… Voy empezando.

A. ¿Cuántos me puedes vender?

V. ¡Siguiente!

A. ¿Cuántos putos boletos me puedes vender?

V. ¿A usted? Mínimo quince… ¡Siguiente! ¿Cuántos boletos quiere?

A. No necesito quince… ¿Me estás escuchando? ¡Ey!

V. ¡Siguiente!

A. ¿Me escuchas?

V. ¡A mí no me grite!… Y regrese cuando pueda pagar con monedas o si tiene tanto dinero, viaje en taxi.

A. ¡Quiero hablar con el supervisor!

V. Hable con quien usted quiera…

A. ¡Zorra!

V. Puta…

Se detienen los trenes en el túnel. El tiempo es una ilusión.

V. No me importa perder el empleo. Ya no me importa. Ya no me importa nada. Puedo volver a Colombia, comenzar de cero. Olvidarme de todo y llevarme a mi hija. Estoy harta de esta gente, de

estar aquí encerrada, sin cambio, sin poder moverme, mirando al exterior desde un cristal sucio. Y lo que me faltaba, viene la típica chica guapa a querer comprar dos malditos boletos con un maldito billete. ¡Que se vaya a la mierda! O que se vaya a hablar con el supervisor, que es lo mismo. También estoy harta de él y de tener que sonreírle y guiñarle el ojo. No se atreverá. No tiene ovarios. La he visto por aquí, es una arrabalera, siempre va a arreglada como si fuera la gran cosa. No es nada; malparida.

A. El último billete. Mis últimos 500. No tengo nada más. La cuenta está vacía. No he cobrado. ¿Por qué no he cobrado? Porque no tengo nada que cobrar. Hice un cortometraje hace dos semanas con estudiantes de cine, "para que te posiciones". Sin pago. Estoy en una obra de teatro en un espacio alternativo. Nuestra remuneración es únicamente lo que entra en taquilla. En cuatro funciones sólo nos alcanzó para cubrir el pago del diseñador gráfico del cartel y la renta del espacio. Pagué un curso de modelaje donde prometían "los mejores contactos del mercado". No me ha llamado nadie. La semana pasada me contrataron para dar clases de actuación en un centro cultural independiente. No llegó ni un solo alumno. Aquí están mis últimos 500. ¡Y la estúpida taquillera no quiere venderme los boletos de toda la semana! Ahora no voy a salir de casa excepto que sea por trabajo. Prefiero encerrarme y ver cómo se va todo a la mierda.

V. Que venga el supervisor. Ya no me importa. Que me pase el brazo por encima del hombro y se lo arranco al hijueputa. Que me roce, que me trate de tocar las piernas. ¡Malparido! Que me diga que "hoy está usted muy guapa, Vera, o quiere que le hable de tú". Mejor nos tuteamos!" No lo tolero. Es un tipo asqueroso. Huele mal. Tiene mal aliento. Y parece un lunático, siempre hablando de máquinas y de tornillos. Maldita sea, sólo se fijan en mí los dementes.

A. Llevo tres audiciones en las últimas semanas. Eres-muy-alta-te falta-experiencia-estamos-buscando-a-alguien-con-más-pecho. ¿No-has-pensado-en-operarte? Claro que no. Estoy cansada. Y lo que me faltaba: En un día tranquilo, que esperaba que fuera un día para inspirarme y caminar por la ciudad buscando alguna respuesta me toca la peor boletera, la típica maldita frustrada que no me quiere vender dos miserables boletos. Pero no me voy a dejar, ahora mismo voy a hablar con el supervisor.

V. Que nos sustituyan por máquinas. ¡No me importa! Que llenen el puto mundo de máquinas. Máquinas a las cuales no les duele la cabeza, ni les baja la regla, máquinas sin hijos, sin parejas que se desparecen, que no pagan la manutención: Máquinas sin pasaportes, sin trámites migratorios, sin visados. Máquinas hermosas, con garantía de cien años o más.

A. ¿Por qué no estudié algo normal? Sólo a mí se me ocurre que podía ser actriz. O modelo. O alguna cosa, un "algo" para que me vean, para que sepan que estoy en el mundo. ¿Por qué yo? No tengo nada especial, ni siquiera puedo comprar boletos del metro. No, Adelaida, no. Respira. La culpa no es tuya. Hay que repetir el nombre completo. Ade-lai-da. Tomar fuerza. Respirar profundo...

N. Hay días, hay días. La vida tiene esos días. Los deberíamos circular en rojo en los calendarios. Voy a abrir mi agenda y escribir debajo de la fecha: "Hay días". Como un radiante tornillo de latón, de baja conductividad térmica que increíblemente encaja en una rondana de estaño o en una tuerca de bronce, como si estuvieran hechos a la medida. Varillas que se ajustan perfectamente al arqueo de una rosca hexagonal de inserto de nylon inoxidable. Algo así, prodigioso. Inexplicable. De golpe ahí está. La número 54 está en la oficina. Con su minifalda azul y la camisa verde de hombros descubiertos. Es la segunda vez que usa esa combinación en el mes presente, es la decimoprimera vez que la usa a lo largo del año, le gusta combinar el verde y el azul, ocasionalmente el morado. No tiene un vestuario muy variado, deduzco que no tiene dinero y los zapatos están evidentemente gastados; algo sucios. Guapa y pobre, esas son las mejores. Es más atractiva en persona de frente, su belleza me impresiona un poco, me asombra. Desde aquí puedo oler su perfume barato.

A. Lo he visto, lo he visto. ¿Pero dónde? Tengo la impresión de que lo he visto. Su cara me suena. No me sostiene la mirada y se concentra en los monitores que tiene delante. Aparentemente no es la primera queja sobre la insensible boletera. Seguro pensó que no me atrevería a venir a buscar al jefe de estación, que me pide que lo espere en la taquilla para que la perra frustrada me ofrezca una disculpa. ¡Toma!

N. Por eso digo que hay días, la número 57 se aparece frente a mí para pedir un favor y encima la taquillera Vera recibirá una sanción administrativa. Todo se acomoda, como en un sistema de roscas trapezoidales.

V. Primero veo venir a la puta, que seguro fue a llorarle al imbécil de Neto. Y ese idiota en cuanto ve unas piernas se convierte en el ser más amable del puto mundo. Hijueputa. Él viene detrás, ya decía yo. Con esa sonrisa de estúpido. Si supieran que no he dormido, tuve un episodio de sonambulismo ayer. No sé qué hice, quizá traté de meter la ropa a la lavadora, abrir las llaves de la bañera hasta inundar el departamento y de golpe me despierta la sensación del agua en los pies. Está claro que no descansé. Y además llevar a mi hija a la guardería. También estoy menstruando. ¿Qué más necesitaba para tener un día terrible? ¿Qué me hacía falta? Esto.

El tiempo se reanuda. Por favor, permita el libre cierre de puertas.

N. Señorita Vera…

V. Sí, Neto.

N. Ernesto, por favor.

V. Ah perdón. Ernesto. ¿Qué ocurre?

N. Necesito que le ofrezca una disculpa a la señorita…

A. Ade…

N. ¿Cómo? ¿Perdón?

A. Adelaida…

V. Qué bonito nombre…

A. Ey, no te burles…

V. Para nada me burlo… Es un nombre hermoso. Tiene mucho que ver con usted.

N. Estoy esperando la disculpa…

V. ¿Una disculpa por qué?

N. ¿Por qué? ¿Por qué Vera? Usted no le quiso vender dos boletos a la señorita Adelaida, es lo menos que podemos hacer, además de darle un viaje gratuito y personalmente quedar a su más entero servicio.

V. ¡No tenía cambio y se portó de una forma grosera!

A. ¿Yo?

N. Le recuerdo que estoy observando con esmero a las tres taquilleras. ¿Vera?

V. Yo no le voy a ofrecer nada a una mujerzuela como ésta…

A. ¿Mujerzuela? No tienes ni puta idea… Mediocre. Mírate, eres una fracasada. Yo soy actriz y tengo un importante contrato en cine.

V. En cine porno, debe ser.

A. ¡Estúpida!

V. Viaja usted en metro. ¿A quién quiere engañar?

N. ¡Por favor, señoritas! Hay gente esperando, resolvamos esto lo más pronto posible…

A. ¿Ves aquellos enormes carteles de publicidad? Es una película que está por estrenarse y algún día vas a ver mi cara ahí y te acordarás de este momento y te querrás morir, porque seguirás trabajando en la sucia taquilla de este metro horrible.

N. Tampoco hay que vilipendiar, ésta es una estación honorable, una de las más limpias según el informe anual de satisfacción de los usuarios…

A. Ah… Ya sé de dónde lo recordaba. Tú. Eres tú.

N. ¿Perdón?

A. ¿Usted no es el que me ha seguido a mi casa?

N. No sé de qué me habla…

V. No lo dudaría…

N. Disculpe, señorita Vera…

A. ¿Usted no es el tipo que a veces deja piropos en mi buzón? ¿El que me sigue cuando salgo de noche del metro? Eres tú…

N. Desde luego que no… Es absurdo. Yo estoy dedicado enteramente a mi trabajo.

V. Se cuentan tantos rumores aquí dentro…

N. ¿Vera? ¿Qué quiere decir?

A. Tu cara es muy particular… Si no eres tú, es un tipo que se parece muchísimo. Pero con una sudadera gris.

N. No suelo usar esas prendas, soy más de camisa y corbata, por mi puesto de trabajo. Señorita Vera, por favor atienda a los usuarios. Ya hay fila. Tenga la bondad…

V. ¿Por qué te pusiste tan nervioso Neto? Esa no te la sabía… ¿Sigues a las mujeres a su casa?

N. Llámeme Ernesto, por favor. Y no hay nada que saber, ni suponer.

V. Ajá.

A. Qué nervioso te pones… O mejor dicho, que nervioso se ve, señor Ernesto. Resulta que hay un pervertido que me deja mensajes "románticos" en el buzón de mi departamento o debajo de la puerta. Más de una vez, de noche y justamente saliendo de esta estación para mi casa escuché unos gritos asquerosos…

N. Disculpe señorita Adelaida que la interrumpa, no soy terapeuta ni investigador privado, mi trabajo es muy importante y el tiempo sumamente valioso.

A. Ya veo, ya veo. ¿Entonces me deja pasar sin boleto?

N. Desde luego, ahora le indico al policía que la deje pasar y le reitero mis disculpas por el comportamiento de nuestra taquillera. Tiene los días contados en nuestra institución.

A. ¿Usted no tendrá un hermano, verdad?

N. No. Afortunadamente soy hijo único.

A. ¿Y casualmente no le gusta gritar "cosas" a las chicas que salen de su estación? ¿Sobre todo por las noches? En la explanada…

N. Desde luego que no… No. En fin, aprecio su comprensión y que tenga un buen día…

A. ¡Cerdo!

V. Es un asco… Estoy harta de este tipo, no sabes lo que nos hace.

A. Tiene cara de enfermo…

V. Ay, hijueputa.

A. En fin, suerte con eso y buenas tardes…

V. Buenas.

MANUAL DE USO. LECCIÓN TERCERA.

Prácticamente en todas las encuestas sobre el atractivo de las mujeres el culo el trasero las pompas es la zona del cuerpo que llama más la atención a mayor cantidad de hombres los científicos aseguran que para el varón moderno la curva trasera perfecta tiene un ángulo de exactamente 45,5 grados se trata de un significativo rasgo de la morfología femenina de gran atractivo sexual por lo que no sólo importa el tamaño sino también la curvatura lumbar un culo de grandes dimensiones permitía en tiempos ancestrales a las mujeres llevar a cabo embarazos múltiples una cuestión importante a la hora de procrear en difíciles condiciones por si fuera poco nuestros antepasados solían practicar el sexo fundamentalmente hincados de perrito y ésta zona del cuerpo era lo primero que atraía al macho que además asociaba la postura al olfato hoy es importante usar prendas que acentúen la calidad de tus glúteos bien levantados de formas circulares busca pantalones o faldas que puedan ceñirse a tus nalgas y que subrayen su tamaño y la inflexión respecto a las extremidades inferiores pronto nos contarás tu experiencia

La hora pico en el metro de una ciudad enorme, interminable.

V. Ahora me toca viajar en metro. Qué paradoja. ¡Qué maldita es la vida, qué malparida puede ser la vida! Tengo que viajar en la hora más congestionada para entregar el curriculum, hacer entrevistas de trabajo, largas filas en las empresas que tienen dos vacantes y se ofrecen cuatrocientas candidatas para ser recepcionista o vendedora. Cosas que odio: Vender, recibir personas, sonreír falsamente.

Es tan breve la palabra odio, si tuviera más sílabas y si esas sílabas estuvieran colmadas de consonantes, sería un vocablo complejo y se utilizaría sólo en casos de auténtica necesidad. En cambio, al ser una palabra de fácil acceso, la disponemos para cualquier tontería (odio el color verde, odio este canal en la televisión, odio no poder dormir) y de golpe, cuando viene el odio; el verdadero, cuando se acerca y ensombrece, una mañana en la hora pico del metro está de pie junto a ti mientras el tren llega a una estación atestada de personas. El odio es una nube gigante que respira, tenebrosa; piernas y manos y perfumes baratos y ojos impacientes mirando los relojes, es la copa de un árbol robusto y metálico que viaja inclinado, recostado sobre la tierra, en la suma de miles de rieles; el odio no se ve, nunca se ve sólo se siente su contorno, el peso del odio en el suelo que se detiene por segundos. “Permita el libre cierre de puertas”. Eso es el odio, la energía con la cual se abren y cierran los cristales de la jaula. Abrir y cerrar. Abrir y cerrar. Abrir y cerrar.

Cuando acumulas odio la palabra parece poca cosa, al haberla utilizado anteriormente de forma trivial, pierde fuerza y sentido. ¡El odio es sentir que has tomado malas, pésimas decisiones! El odio eres tú. Te odias.

Aunque, aclaro, me tenía que dejar… ¡Por mi hija, por conservar el empleo, por ser extranjera, por tener miedo, por querer una oportunidad, por el seguro médico, por la probabilidad de una jubilación, por el futuro! El futuro es lo que tenía siempre en la cabeza: Cobrar a la semana siguiente, pagar el alquiler en quince días, ahorrar para un coche, hacer un viaje a Colombia, visitar a mi madre. El futuro es lo que me obligaba a dejarme tocar el hombro, después sentir sus roces, el cuerpo ajeno muy cerca, que me hablara en voz baja, con los labios casi tocando la oreja, que me pasara la mano por la cintura al saludarme. Y después tocarme las piernas, discretamente primero, después con cierto descaro. Los

comentarios, “qué guapa, qué linda, qué bien se ve con esa falda”, poco a poco se transforman en piropos más subidos de tono. *¿De qué juguetería te escapaste Vera? Ay, muñeca. Si fuera juez te condenaría a cadena perpetua, pero conmigo. En esa cola sí me formo…*

Estaba en mi puesto, vendía boletos (uno tras otro) y él llegaba detrás, a veces no me decía nada, pero se mantenía muy cerca, sentía cómo se iba acercando a mí, se frotaba un poco en mi costado, sutilmente. Neto, el supervisor.

Un ser temible. Por eso pedí cambio de línea y de estación; me lo negaron y lamentablemente no tuve otra opción. Renuncié. Así, sin más. ¿Qué otra cosa podía decidir? Neto no hacía más que hacerme sentir mal. Y él lo sabía y además me invitaba a cenar para hacerse el galante; me decía que podíamos ir al cine. Incluso me contaba sobre sus colecciones de tornillos. ¡Una pesadilla!

Y cuando por fin llegaron las máquinas expendedoras de boletos tenían que elegir entre las tres empleadas. Eliminar un turno. No tuvimos ni siquiera que someternos a un examen o estudio de parte de las autoridades. Yo renuncié de inmediato. Lo tenía muy claro.

Desde entonces no sé qué hacer. Sólo mi pequeña hija me salva de saltar hacia las vías de este monstruo de metal. Pienso en volver a casa, pero sería regresar como una fracasada. Sin marido, sin dinero, con hija y deprimida. Sólo a mí se me ocurrió salir de Colombia por razones de seguridad y venir al único país más inseguro. Especialmente a la ciudad más opuesta a mí. Tenía miedo de ser secuestrada allí y de esta ciudad soy su rehén. ¿Qué pasa que no nos podemos ir? ¡Es un imán perverso! Sobre todo este metro, donde vivía con el síndrome de Estocolmo. ¿Qué era aquello que no me dejaba ir? ¿Qué?

Pero antes de abandonar la taquilla, antes de desertar de ese lugar, donde falta el aire detrás de un cristal, horas y horas sin poder salir, como si estuviera presa, cortando y cortando trozos de papel, calculando el cambio. Renuncié; escribí una carta… Para repartir entre las autoridades, mis compañeras, a los que quisieran leerla. Una cartita, una cosa mía.

A quien corresponda:

Escribo sobre un señor que trabaja en esta estación del metro. Se podría decir que es un servidor público, pero no sirve a nadie. Bueno, sirve únicamente a los que meten mano, tocan sin querer, siguen a las mujeres y les gritan vulgaridades; aquellos que nos acorralan. Si una chica acude para quejarse nunca encontrará respuesta favorable, por el contrario, el jefe de estación Ernesto Garduño, no nos protegerá; ni él ni los policías que le sirven. Siempre la culpa será nuestra. *Esa falda incita, el escote no pasa desapercibido señorita, es usted muy bonita, cómo no se le iban a acercar*.

También fui parte de aquello, cómplice con mi silencio. Sabía que ocurría y no decía nada, es natural, pensaba. Él comenzó a hacer sentir su poder, su fuerza, su deseo conmigo. Ahora entiendo que me hizo odiar mi trabajo y odiar mi vida.

No debí odiar mi vida, ni mi empleo, ni desquitar el miedo en los usuarios. No debí sentirme mal por estar incómoda. Ni dejar que se acercara demasiado. Ni dejarme tocar, acariciar, mirarme el escote antes que a los ojos, frotarse junto a mí cuando yo estaba sentada y ocupada. No debí esperar hasta el día de hoy para escribir esta carta.

Tampoco debí aguantarme pensando que como él era mi jefe, debía ceder, sonreír y ser amigable. No debí usar minifaldas sólo para ser su preferida; no debí odiar no ser más alta, no debí hacer como si nada pasara. Tampoco debí odiar la cicatriz de la cesárea ni la necesidad de trabajar aquí, por ser madre. No debí perder ese mínimo de dignidad. Pero lo hice y por eso renuncio; ya buscaré otra cosa, para por fin dejar de odiarme.

Atentamente, Vera del Castillo

Las escaleras eléctricas inmóviles. Los trenes vacíos. Los anuncios luminosos apagados. Sólo el silbido del viento recorre los andenes. Tres usuarios entran al laberinto, se escuchan sus pasos.

A. Ser actriz es aferrarte. ¿A qué? A los golpes de suerte, que casi nunca llegan, pero insistir, no ceder. Ser actriz no es remar contra la corriente, es disfrutar cuando te arrastra, irremediablemente.

N. Está olvidado Arquitas de Tarento. La historia lo ha sepultado en su absurda prisa por encumbrar jefes militares o mujeres que ocasionalmente pensaron o escribieron alguna tontería. ¿Existe una calle, una avenida, una escuela o universidad con su nombre? No, claro que no. Nuestra ingratitud es proverbial. El verdadero inventor del tornillo y de la polea: Arquitas. Un pitagórico que nos entregó la base, la molécula viva de la civilización. Y nada. Para él, el olvido.

V. Decían que el sonambulismo desaparecería con la edad, que era más habitual en los niños. Me inquieta que sea hereditario y que mi hija también duerma despierta. Estoy, por primera vez en mi vida, asistiendo a tratamiento con un terapeuta del sueño. Quizá sea la ansiedad o el miedo, me dice.

A. Fantaseo con que me aceptan en el siguiente casting. Sueño: Me hago famosa, aunque sea un poco, no famosa famosa, sólo conocida. Y grabo un comercial. O mejor, una película o dos películas al año. Dejo de habitar los sucios escenarios del teatro independiente. Y lo más importante, dejaría de trabajar medio turno en este puto cine de mierda. No tuve otra opción que venir a servir palomitas, agregar salsa, sonreír, preguntar si tienen membresía, desear buenas noches o tardes. Esperar al siguiente.

V. Perdí a mi padre en un secuestro. Eran los peores momentos del país. Vi a mi madre llorar y querer huir y no poder, estaba atada a la vida cotidiana. Me prometí, como otros miles, que saldría de Colombia y que no regresaría hasta que el país estuviera en completa paz. Sin guerrilla, sin narcogobiernos, sin el miedo a cada paso. ¿A dónde vine a parar? Quizá sea el momento de volver… Si leo las noticias no es el momento, si camino por esta ciudad tengo claro que no puedo seguir tan sola. ¿Buscar un novio? ¿Comenzar de cero? Quizá.

N. ¿Qué sostiene al mundo? El deseo. El deseo sostiene al mundo. Las ganas de entrar en una tuerca, siendo tornillo, de ser fijada por la rosca de un tornillo, siendo tuerca. Sin deseo, no hay vida.

V. Una compañera del metro me envía un mensaje al celular: Amigaaaa… ¡Corrieron a Neto! Tu carta provocó una investigación. Y wow… Resultó ser un pervertido. Ven y te cuento. Gracias mil, Vera.

N. Mañana, las noticias lo relatarán. Estén atentos a los sucesos. Desde muy temprano se activarán las alarmas. Bomberos, policías, protección civil. Los reporteros llegando al lugar del suceso. Los primeros trenes del turno matutino y ahí dentro los pasajeros, el choque, la potencia del metal contra el metal, el freno invisible y los miles de gritos que en segundos serán nada, el rumor, el silbido de la venganza.

A. Veo los posters, los luminosos, las imágenes de las películas. Escucho los comentarios de la gente. ¿Algún día estaré ahí? En la lengua de los espectadores, en los anuncios del cine. ¿Sí?

V. Neto tenía una colección de tornillos medievales, siempre lo decía, pero también decenas y decenas de mujeres grabadas con las cámaras del metro. Catalogadas por números. Me da un asco profundo pensar en él, en sus manos, en su mirada. Siempre me miraba las piernas…

N. Nadie conoce, perdón, nadie conocía mejor esa estructura, ese el laberinto de trenes. Pero me echaron, me acusaron de todas las tonterías que gritan por ahí las feministas. Ahora resulta que vamos a negar el deseo, que nadie se quiere acostar con nadie, que las piernas tersas y el pecho hermoso y unas nalgas suculentas no deben excitarme. ¿Qué hago? ¿Oculto a mis hormonas? ¿Dejo de sentir? ¿Cierro los ojos? Si enseñas, es porque algo quieres, algo quieres decirme.

A. Eso sí, todos quieren ligar con la chica que está detrás del mostrador. Lo que me faltaba, lo que me faltaba. ¡Qué fastidio! Así son las cosas en El Ciudad, la urbe de los millones de penes. ¿Piensan que al trabajar aquí soy vulnerable, verdad? Me voy a poner gorda y fea. Me voy a comer todas las palomitas y refrescos que pueda. Además, creo que hay más personajes para actrices gordas. No es mala idea. Ade-la-ida… ¡Tienes que salir de esto! Tú puedes. Tú puedes, me repito.

N. ¿Eso quieren? Muy bien, me fui, pero no me voy solo. Las válvulas de frenado están sostenidas por una decena de fuertes y oxidados tornillos largos que perforan los muros a lo largo de cuatro armazones de sujeción que preceden el arribo de los trenes en cada una de las estaciones. ¿Pero qué ocurriría si los tornillos están sueltos? Con el paso veloz de los vagones, uno tras otro, el golpeteo férreo de las

toneladas de movimiento, esos tornillos flojos van cayendo, uno a uno, por fin liberados de sus tareas de sujeción del sistema de frenado automático.

Mañana. Eso será mañana. Así será, por Arquitas de Tarento; lo juro.

MANUAL DE USO. CUARTA Y ÚLTIMA LECCIÓN.

Usar falda por encima de la rodilla por lo menos unos centímetros exhibir las extremidades inferiores es un rasgo de seguridad pero debes ser prudente porque unas piernas hermosas tienen que cumplir ciertos requisitos ser largas firmes estar ejercitadas tener tobillos delgados bronceadas y depiladas las piernas sanas atraen a los varones son un síntoma de genética vigorosa es probable que las mujeres con piernas más largas y cuidadas tengan un sistema hepático provechoso la longitud de las piernas es además un excelente indicador de la nutrición infantil femenina ya que las piernas dejan de crecer una vez alcanzada la pubertad de ahí que si una mujer tiene las piernas largas y robustas esto sugiere que creció en un entorno óptimo algo que tiene un efecto positivo sobre la fertilidad el principal detonador del deseo masculino en ésta última lección queremos animarte a que utilices faldas cortas que el muslo sea muy visible que puedas sentarte y cruzar las piernas sin temor a ser observada por el contrario las piernas son el resultado de una imagen sensual de ti misma pero no te olvides que únicamente puedes utilizar esta prenda en sociedades propicias preparadas para ello la mayoría países de primer mundo donde los hombres no verán tus atractivos como oportunidad para fustigar deseos reprimidos si habitas en ciudades o localidades desprovistas de cierta igualdad lugares conservadores o subdesarrollados por tu propio bien te proponemos que no utilices falda corta ni escote ni los hombros descubiertos ni tampoco prenda alguna que levante las nalgas para evitar intentos de violación caricias obscenas involuntarias y comentarios desagradables pronto nos contarás tu experiencia

Túnel oscuro

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: **info@enriqueolmos.com**

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO